

PLÁTICA IV.

PRIMER MANDAMIENTO. — LA CARIDAD.

Diliges Dominum Deum tuum
ex toto corde tuo... (Deut. vi, 5).

En el primer precepto del Decálogo no solo se nos manda el ejercicio de la *fe* y de la *esperanza*, como vésteis en las instrucciones pasadas; sino tambien, y mucho mas, el ejercicio de la *caridad*: porque, como dijo Jesucristo, el primer y mayor mandamiento de la ley es amar á Dios con todo el corazon: *Hoc est maximum et primum mandatum: Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo*. Y en verdad: si debemos *creer* á Dios, porque es verdad primera é infalible; si debemos *esperar* en Dios, porque es infinitamente misericordioso; ¿no deberémos *amar* á Dios, siendo infinitamente bueno y amable?

Muchas son las cosas que se ofrecen por decir sobre el amor de Dios, que es el ejercicio de la virtud de la caridad; mas todas pueden reducirse á tres puntos cardinales, á saber: su *excelencia*, sus *motivos* y el *modo*; porque en conociendo la excelencia del amor á Dios, los motivos que hay para amarlo, y el modo con que debe ser amado, está entendido todo lo mas esencial. Vamos á explicarlo.

Hablando san Pablo de la excelencia de la caridad dice, que esta virtud es la mayor de todas las virtudes: *Major autem horum est charitas*. Si deseais saber por cuáles títulos es

la mayor, os diré, que lo es por su naturaleza, por su eficacia, por su mérito y por su duracion.

Si, hijos míos: la caridad es la mayor de todas las virtudes por su misma *naturaleza*; porque es el vínculo inefable que une nuestra alma íntimamente con Dios. La fe nos muestra á Dios, haciéndonosle conocer; la esperanza nos encamina á Dios, haciéndonosle desear; pero la caridad nos une con Dios, haciéndonosle gozar. En virtud de la caridad nuestra alma, aunque peregrina en la tierra, se eleva hasta al cielo; y hecha en algun modo semejante á los espíritus bienaventurados, goza de los bienes de Dios, se complace de las perfecciones de Dios, abraza á Dios; en él se aquieta, en él descansa, en él se recrea; porque en él posee el bien que ella ama sobre todas las cosas. Ya comprenderéis con esto, hijos míos, que la caridad es la virtud que nos aproxima mas á las inteligencias del cielo y á los bienaventurados comprensores, y de consiguiente la principal de las virtudes por su *naturaleza*.

¿Y qué diré de su *eficacia*? Tanta es la eficacia de la caridad, que justifica al pecador contrito aun antes de recibir la absolucion sacramental. Figuraos un hombre cargado de cuantos pecados se pueden cometer: un hombre que haya sido mas blasfemo que Senaquerib, mas impuro que Herodes, mas sacrílego que Judas: si este hombre forma un acto perfecto de amor de Dios, anteponiendo sinceramente la suma bondad del Señor á cualquier otra cosa, en el mismo instante quedan borradas todas sus culpas; y este hombre que un instante antes de tal acto, si hubiese muerto, hubiera sido condenado eternamente; muriendo un momento despues del tal acto, será salvado para siempre.

Esta eficacia de justificar al pecador antes de la confesion

no la tiene ninguna otra virtud, sino la caridad. Es verdad que la contrición le pone en estado de gracia antes de recibir el Sacramento; pero no lo hace sino en cuanto proviene del amor de Dios y va unida con él. En prueba de esto, mirad á Magdalena echada á los piés de Jesucristo allá en la casa del Fariseo. ¡Cuántas virtudes no ejercitó esta mujer en aquella ocasion! ¡Qué humildad tan profunda! ¡qué victoria de los respetos humanos! ¡que desprendimiento del mundo! Con todo el divino Salvador, al declarar que se la perdonaban todas sus culpas, no atribuyó el perdón á otra causa que á su amor: *Dimissa sunt ei peccata multa, quia dilexit multum.* ¿Veis, hijos míos, cuánta es la eficacia del amor de Dios? ¿veis cuál es el mérito y valor de la caridad?

Tal es su *mérito*, que lo comunica á todas las otras virtudes y á todas las obras buenas que hacemos, de modo que la mas pequeña acción—como sería dar un vaso de agua á un pobre sediento—animada y dirigida por esta virtud, es merecedora de una eterna recompensa. Al contrario sin ella la fe, la esperanza y todas las demás virtudes son virtudes muertas, inútiles y perdidas. Cuando yo, dice san Pablo, poseyese un don de profecía tan clara, que con un golpe de vista penetrase los misterios mas profundos; si al mismo tiempo no poseo la caridad, de nada me sirve: cuando tuviese una fe tan viva, que al imperio de mi voz los montes se trasladasen de un lugar á otro; si no tengo el amor de Dios, nada me aprovecha: y aun cuando fuese tal mi desprendimiento, que llegase á distribuir todos mis bienes á los pobres; si el amor de Dios no me anima, no me servirá de mérito alguno: *Si charitatem non habuero, nihil prodest.* ¿Puedese decir mas en elogio de la caridad?

Sin embargo debo añadir, que es la mas excelente de las

virtudes por su *duracion*; porque ella subsistirá por todos los siglos. Tres son las virtudes que forman principalmente el mérito de nuestro destierro: la fe, la esperanza y la caridad; mas de estas tres solo la caridad formará nuestra gloria en el paraíso. Allí no habrá fe, porque se convertirá en una clara vision; no habrá esperanza, porque se cambiará en una posesion segura; solo quedará la caridad, porque segun ella ha de ser eternamente nuestra felicidad y nuestra corona: *Charitas nunquam excidit*; pues como dicen los teólogos, nuestra bienaventuranza esencial no puede estar sin unírnos con Dios con un amor purísimo y perfecto.

Creo haberos dicho lo bastante para que conozcais la excelencia de la *caridad*. Pasemos ahora á ver sus motivos. Las razones que tenemos para amar á Dios son infinitas, así como son infinitas sus perfecciones; pero podemos reducirlas á estas tres: Dios manda que le amemos: Dios merece ser amado: Dios nos provoca á amarle.

1.º *Dios manda que le amemos.* ¡Oh, cuánto resplandece su infinita bondad en este precepto! Vosotros sabeis, hijos míos, qué majestuoso fue el aparato con que el Señor promulgó su ley á los judíos. El monte Sínai, hecho todo un volcan, vomitaba un humo tan denso, que oscurecia el sol; despedía un fuego tan grande, que amenazaba un incendio general; retumbaba con truenos tan espantosos, que llevaban el terror por todas partes. Los judíos, consternados y temblando al pié del monte, esperaban con inquietud el desenlace de tan estupenda escena, creyendo que el Señor iba á imponerles una ley dura, pesada é insoportable. Mas héos aquí, que del centro de la nube sale una voz dulce y amorosa que dice: *Audi, Israel: oye, Israel, oye: el Señor que te habla es tu mismo Dios: Ego sum Dominus Deus tuus.* Tú

crees que vengo á imponerte una ley dura y pesada ; pero la ley que te intimo no es sino de cariño y de bondad : *Diliges Dominum Deum tuum* : amarás á tu Dios y Señor. Esta es la ley que te impongo ; instruye en ella á tus hijos , cuéntales lo que has visto , diles que yo mando que me amen : *Diliges Dominum Deum tuum*. Estas palabras las tendrás siempre presentes , las escribirás en las paredes de tu aposento , y las esculpirás en la fachada de tu casa ; pues quiero que nunca olvides que has de amar á tu Dios : *Diliges Dominum Deum tuum*. Hijos míos , si estas palabras llenas de amor no enternecen nuestro corazón , ¿ qué casta de criaturas somos ? ¿ de qué materia es el corazón nuestro ?

2.º *Dios merece ser amado*. Cuando decimos *Dios* , debemos concebir un ser infinito que reúne en sí todas las perfecciones , hermosura , poder , grandeza , sabiduría , bondad , santidad , etc. , y que las posee en un grado infinitamente superior á nuestro pensamiento. Cuanto hay en las criaturas de hermoso , de bueno , de grande , no es mas que un débil rayo , una ligera participacion de lo que Dios posee esencialmente y en grado infinito. Y si cualquiera perfeccion que descubramos en las criaturas basta para enamorarnos de ellas y consagrarles los afectos de nuestro corazón , ¿ cuánto mas deberémos enamorarnos de Dios , que es la fuente de todo bien , un bien purísimo sin mezcla de imperfeccion ni defecto ?

Sé , hijos míos , la respuesta que me haréis. Dios es invisible , diréis ; y no teniendo de él mas que una idea oscura , no podemos amarle como aquellas cosas que son objeto de nuestros sentidos. — ¿ Dios es invisible ?... ¡ Ah ! aunque invisible en sí mismo , su hermosura se ve pintada como por reflejo en todas las criaturas. Mirad el cielo , mirad la tierra ,

mirad tantas criaturas bellísimas salidas de sus manos : todas os anuncian su gloria , todas os hablan de él , todas os hacen ver y tocar con la mano su bondad infinita , su inefable belleza , sus infinitas perfecciones. ¡ Ah ! quien en tantos espejos no descubre la imágen hermosísima de Dios , sin duda está ciego. Los Santos , que ciertamente no lo estaban , en todo lugar , en cada objeto , en cada criatura veían á Dios : una mirada al cielo , la vista de un monte , de un prado , de un árbol , de una flor , bastaba para inflamar sus corazones en llamas de divino amor.

3.º *Dios nos provoca á amarle* ; porque él nos ha amado primero. No hay cosa , hijos míos , que tenga mas fuerza sobre nuestro corazón que el amor ajeno : el saber que una persona nos ama , que nos quiere bien , que busca todos los medios para declararnos su amor , es un motivo suficiente para obligarnos á corresponderle. Siendo esto así , ¿ cómo podemos dejar de amar á Dios , sabiendo lo mucho que nos ha amado y nos ama ? Todavía éramos nada , y ya Dios nos amaba : aun no teníamos el ser que tenemos , y ya éramos objeto de su amor ; pues desde la eternidad él pensaba en nosotros , nos tenía impresos en su amoroso corazón , nos preparaba todo el bien de que nos ha colmado en el tiempo. Si bien antes de criarnos , su amor era libre ; criándonos pasó á ser amor necesario. Así como un padre no puede dejar de amar á su hijo , un artífice su estatua , un jardinero sus flores ; así Dios no puede dejar de amarnos , de querernos , de procurarnos todo bien. Reflexionad bien esto , hijos míos , y decidme despues , si no es la mas fea de todas las ingratitudes el mostrarse insensible á este amor.

Pero ¿ de qué modo debemos amar á Dios ? Esta es la última cosa que nos queda hoy por explicar. El amor que la

caridad nos prescribe, no es un amor cualquiera, sino un amor grande, un amor sumo, un amor verdaderamente digno de Dios; y no puede ser digno de él, si no le amamos sobre todas las cosas. Porque, mirad, el amor debe ser proporcionado al bien que se ama: siendo Dios un bien infinito, deberíamos amarle con un amor infinito; mas como somos incapaces de ello, á lo menos debemos amarle con un amor que sea superior á todo otro; debemos amarle mas que á nuestros bienes, mas que á nuestros amigos, mas que á nuestra vida, mas que á nosotros mismos. Esto no quiere decir, que debamos experimentar por Dios aquella sensibilidad y ternura que á veces experimentamos por las cosas criadas; porque, á decir verdad, la sensibilidad y ternura son señales muy equívocas de verdadero amor. ¿Cuántas personas hay que tienen un corazón árido, insensible para las cosas de Dios; que no hallan ningun gusto en la oracion, ningun sabor en los ejercicios de piedad; y no obstante aman á Dios con un amor tan entrañable, que primero perderian mil vidas antes que ofenderle? Cuando decimos, pues, que debemos amar á Dios sobre todas las cosas, queremos decir, que debemos preferirle á todo; que debemos estar dispuestos á sacrificarlo todo, antes que perder su amistad.

Mas si queremos cumplir este precepto con perfeccion, no debemos contentarnos con preferir simplemente Dios á todas las cosas; sino que debemos tenerle un amor que nos ocupe, que nos posea, que nos absorba enteramente. Me explicaré. El amar á Dios sobre todas las cosas no es una cosa igual en todos, sino una cosa susceptible de mas y de menos. Todos los justos aman á Dios sobre todas las cosas, porque de otro modo dejarian de ser justos; pero no todos le aman sobre todas las cosas en igual grado y con igual fervor. Algunos se

contentan de no violar gravemente su ley; y este es el grado ínfimo del amor: otros se abstienen hasta de las faltas leves, á lo menos de las mas advertidas y deliberadas; y este es un grado de amor mas elevado: otros en todas las cosas no buscan sino lo que conocen ser mas del agrado de Dios; y este es el grado de amor mas sublime y mas perfecto.

Ahora bien, hijos míos, si quereis cumplir con perfeccion el precepto del amor de Dios, no debeis quedaros en el grado mas bajo; sino que del primero habeis de subir al segundo, del segundo al tercero, aspirando siempre á amar mas y mas á Dios, á uniros mas y mas á él. ¡Dichosos si lograis llegar al grado sublime del amor! De este grado al cielo no hay mas que un paso. Haga Dios que no necesiteis mas cuando llegue la hora de darlo. Amen.

PLÁTICA V.

PRIMER MANDAMIENTO. — LA RELIGION.

Ego sum Dominus Deus tuus...
Non habebis deos alienos coram
me. (*Exod.* xx, 2, 3).

El primer mandamiento del Decálogo no se limita á mandarnos el ejercicio de las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad; sino que pasa tambien á mandarnos el ejercicio de la virtud de la religion. Y aun puedo añadir, que el ejercicio de la religion es la única cosa mandada expresamente en el primer mandamiento, á lo menos si se mira el mandamiento tal como Dios lo redactó á Moisés en el monte Sínai. Cuando el Señor dió su ley á los hebreos por ministe-